

RAUL ARTURO CHAVIRA

IN MEMORIAM

MAGÍN PUIG-SOLANES

Los médicos de mi generación conocimos a Raúl Arturo Chavira cuando cursábamos el 4o. año de la carrera. Después de haber sido ayudante de Fisiología Patológica del doctor Palacios Macedo, el doctor Chavira acababa de ser promovido profesor de la materia y tenía como jefe de clínica al doctor Raúl Fournier. La fisiología patológica era una materia nueva que acababa de ser incorporada al programa por razones un poco tendenciosas: para demostrar que en la Escuela de Medicina de México se había ya superado la etapa, que entonces estaba de moda tachar de anticuada, de las disciplinas morfológicas y se había entrado en la "moderna y avanzada" de la fisiología. La materia estaba destinada a tener una vida efímera; el programa era impreciso; se nos hablaba de temas disímbolos, como el control de los electrólitos, la fisiopatología del sistema autónomo; se nos daban nociones de interpretación del ortodiagrama cardíaco y se nos enseñaba, en la práctica, a medir en clínica la tensión arterial. Menciono estos hechos para hacer notar cómo la enseñanza de una materia de este tipo debía necesariamente de resultar complicada y constituir un proble-

ma para cualquier profesor. A mayor abundamiento, no existían para ella "libros de texto"; era la época en que el estudio de la medicina se hacía por medio de libros de texto, invariablemente franceses y casi siempre obtenidos de una casa editorial bien conocida. A pesar de las dificultades que la enseñanza de tal materia significaba, el doctor Chavira desempeñó aquel año su cometido con eficacia y en forma ágil y agradable. Al terminar el curso —cosa inusitada entonces— uno de nosotros (me parece recordar que fue Guevara Rojas) se levantó para dirigir algunas palabras de gratitud al joven profesor. Me ha quedado grabada la respuesta que éste nos dio: en ella campeaban ya las dos características que más adelante íbamos todos a confirmar como la base del carácter sociable del doctor Chavira: la modestia —insistió en que la materia, para ser bien impartida, ameritaba un profesor de categoría y que él no pretendía tener tal característica— y la benevolencia.

En aquella época, el doctor Raúl Arturo Chavira era un joven médico: contaba apenas 28 años de edad y tan sólo siete de haber obtenido el título profes-

sional. Había nacido el 7 de octubre de 1898 en el poblado de Ahome, Sinaloa, pero había hecho todos sus estudios, a partir de los preparatorios, en la ciudad de Guadalajara. Era hijo de un médico —los Chavira constituyen ya tres generaciones de médicos— y en la Escuela Médico Farmacéutica de Guadalajara había obtenido el título de doctor en Medicina, Cirugía y Obstetricia. Inmediatamente después de recibido, se había trasladado a la ciudad de México, en donde su interés por la docencia se mostró desde época tan temprana. El mismo año de su llegada empezó a desempeñar el puesto de ayudante de fisiología teórica y práctica; más adelante fue, como ya dijimos, ayudante de fisiología patológica y profesor titular de la misma materia; posteriormente, profesor de fisiología general y profesor titular de clínica de oftalmología, esto último durante cerca de 20 años. También desde los primeros tiempos mostró interés por la oftalmología: tomó el curso de postgraduados en oftalmología y otorrinolaringología impartido en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional y fue asistente a distintas clínicas oftalmológicas de los Estados Unidos. En 1922 empezó a trabajar como oculista en la Asociación para Evitar la Ceguera y dos años después en el Hospital de Nuestra Señora de la Luz. En este último, fue discípulo del distinguido oftalmólogo doctor Rafael Silva y del doctor Antonio Torres Estrada, de los que adquirió muy importantes conocimientos: en doctrina de la oftalmología, del primero y en la práctica de la cirugía ocular, del últimamente mencionado. Andando el tiempo, fue jefe de distintos servicios oftalmológicos de la ciudad de México; entre los principales, cabe mencionar el del servicio médico del Ferro-

carril Interoceánico, el del servicio médico de la Cruz Verde, el servicio de oftalmología del Hospital de Colonia; fue oculista del Hospital Juárez cerca de 25 años y del Hospital Español desde 1941 hasta casi el momento de su muerte.

En el año de 1933 ocupó la presidencia de la Sociedad Mexicana de Oftalmología y en 1944, a la muerte del doctor Silva, fue elegido secretario perpetuo de la misma corporación. En este puesto permaneció durante 28 años, hasta su fallecimiento, cumpliendo siempre con todo empeño con los deberes de su cargo; todos recordamos con agrado el informe que año a año, en la última sesión, presentaba el secretario perpetuo, describiendo pormenorizadamente las labores científicas de la sociedad; la reunión de estos informes —que no faltaron ni una sola vez, repito, durante 28 años— constituye la mejor historia de la Sociedad Mexicana de Oftalmología en el último cuarto de siglo.

El doctor Chavira ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 19 de diciembre de 1934 y pasó a la categoría de socio titular en 1951.

Su dedicación a los estudios profesionales no le hizo nunca olvidar sus deberes cívicos: tomó parte en nuestras luchas armadas en las que, a pesar de su juventud, alcanzó un grado de oficial. Formaba parte del grupo de veteranos de la Revolución y tenía, por este motivo, la medalla correspondiente, así como la medalla de la Legión de Honor.

Entre los cargos internacionales que había desempeñado, con todo merecimiento y atingencia, estaban el de vicepresidente de la Asociación Panamericana de Oftalmología, el de miembro del Board of Governors del International College of Surgeons y el de miembro del Board of Trustees de la misma asociación.

Su producción científica fue muy amplia; publicó 105 trabajos o comentarios de trabajos sobre los temas más variados de oftalmología. Pero su interés por la medicina general y su buena formación en las materias básicas, le permitieron presentar, también, varios trabajos sobre temas de medicina general no conectados directamente con la oftalmología y un grupo de comunicaciones acerca de investigaciones experimentales realizadas en el laboratorio de fisiología de la Facultad de Medicina, en colaboración con fisiólogos de profesión, sobre movilidad pupilar y transparencia del cristalino.

En este esbozo de relación biográfica, destacan fácilmente las características como profesionista del doctor Raúl Arturo Chavira: dedicación infatigable al estudio; interés por la investigación clínica y experimental, por esta última —acto muy meritorio— cuando, ya retirado de la enseñanza activa, empezó a concurrir regularmente al laboratorio de Fisiología de la Facultad; su entrega a la docencia desde el principio de su carrera; su inquietud por los problemas de medicina general y por las materias básicas.

Desde el punto de vista humano, el doctor Chavira tenía una cualidad relevante: la benevolencia. Era difícil para la crítica y prácticamente nunca se le oyó

censurar a nadie; era, en cambio, fácil para el elogio que estimula y alienta. Por este motivo, siempre vivió rodeado de amigos: en su vieja *alma mater*, la Escuela de Medicina de Guadalajara, en cada una de sus frecuentes visitas (la última, cuando llegó de improviso, hace pocos meses, para celebrar calladamente, en la intimidad, con los sobrevivientes del grupo de sus compañeros, los 50 años de su recepción profesional); en la Sociedad de Oftalmología en la que, cuando en los últimos tiempos, por razones de mala salud, su asistencia no era ya tan regular como antaño, su ausencia era notada y sentida; en los servicios de oftalmología de los distintos hospitales, en donde su presencia siempre era recibida con agrado por los que nos considerábamos sus discípulos.

Sirvan estas palabras para dar a conocer muy brevemente la trayectoria del que fue un hombre bueno y útil para sus semejantes; sirvan para transmitir a su honorable esposa y a sus hijos los más sinceros sentimientos por su desaparición y la seguridad de que su memoria no podrá ser olvidada por los que tuvimos la fortuna de conocerlo personalmente y por los que en el futuro tengan que oír de él al repasar las páginas de la historia de la medicina mexicana.